

Rachel Lung, Interpreters in Early Imperial China, Amsterdam / Philadelphia, John Benjamins, 2011, 181 pp.

Jesús PÉREZ GARCÍA
Universidad de Valladolid

En *El viaje del elefante* (2009), el premio Nobel José Saramago relata el largo periplo de un paquidermo que regala el rey de Portugal al archiduque Maximiliano de Austria a mediados del siglo XVI. Esa misma atmósfera de exotismo e irrealidad es la que envuelve las intensas relaciones diplomáticas que mantenía la China del primer milenio con un abigarrado mosaico de naciones de Asia oriental, central y meridional. Durante ese período y en ese amplio espacio geográfico, la intensidad y auge del comercio y de los contactos políticos era proporcional a las barreras lingüísticas que había que superar.

El trabajo de Lung rastrea la labor de los mediadores lingüísticos en los intercambios entre las autoridades chinas y las naciones vecinas. El período abarcado es de aproximadamente unos 1000 años, y los pueblos estudiados incluyen tanto los de las regiones más o menos sinizadas de Corea, Vietnam y Japón, como los pueblos esteparios del Asia central. No obstante, buena parte del libro se concentra, en cuanto a su ámbito temporal, en la segunda mitad del primer milenio, y muy especialmente en la dinastía Tang (618-907), quizá la época de máximo esplendor de la civilización china, y, desde el punto de vista

geográfico, en los encuentros con los pueblos túrquicos (y turco-mongoles) situados al oeste y noroeste.

El estudio está organizado en diez capítulos bastante autónomos entre sí, cada uno de los cuales tiene su origen en artículos o investigaciones previas. Lo que no es óbice para que haya un claro hilo conductor en la búsqueda constante de los distintos aspectos que determinaban la labor de traductores e intérpretes, desde su extracción étnica (muchos eran sogdianos), las estrategias de mediación lingüística a las que recurrían, el componente creativo de su actividad, hasta la incorporación de sus anotaciones y memorandos a los archivos historiográficos, e incluso su sentido político para saberse mover entre potencias rivales. Desentrañar esas cuestiones no es tarea fácil, dado que, como era habitual también en Europa, las fuentes muchas veces hacen casi invisibles a esas figuras tan valiosas como eran los intérpretes y políglotas. La autora de este estudio contrasta una amplia bibliografía científica, agrupada en fuentes occidentales —en inglés, fundamentalmente— y fuentes chinas, a las que se suma un meticuloso análisis de muchas cartas y documentos originales, de los cuales en el libro están reproducidos numerosos pasajes e incluso alguna que otra ilustración.

Cada capítulo ofrece, por un lado, la suficiente información panorámica para que un lector no especialista pueda situarse, y, por otro, un análisis preciso y comprensible de los textos aportados. A partir de esa combinación, cada una de las secciones concluye con la formulación de hipótesis sobre la actividad traductora e interpretativa, resultado de una gran capacidad para leer entre líneas, contextualizar y “destapar” lo que a primera vista no se dice.

Desde el punto de vista formal y de organización del contenido, además de la excelente calidad de las notas —que amplían valiosamente la información—, de la bibliografía y de la selección y abundancia de textos reproducidos, es muy de agradecer que los términos y conceptos chinos no se ofrecen únicamente en una forma romanizada (aquí mediante el sistema *pinyin*, el estándar actual), sino también en sus caracteres chinos ideográficos (*hanzi*). Habida cuenta del carácter tonal, limitarse a la forma latina, como muchas veces se hace por necesidades editoriales, resulta muy precario e insuficiente para que el sinólogo o interesado en China pueda buscar esas palabras en diccionarios u en otras fuentes de consulta. En cuanto a los *hanzi*, se ha optado por las formas “tradicionales” (*fantizi*) y no las “simplificadas” en uso en la República Popular China. Esta decisión es la más acertada para un trabajo filológico. Del mismo modo, para quien no conozca la lengua china, o, incluso conociéndola,

no esté ducho en las formas clásicas, todos los textos se acompañan de su traducción al inglés, e, igualmente, en el cuerpo del texto las palabras claves en chino son debidamente aclaradas, explicando el significado denotativo y connotativo que tenían en la época (*Classical Chinese Vernacular*). Todo esto hace que el estudio sea útil no sólo para sinólogos, sino también para el conjunto de los interesados en los estudios de traducción. El libro, en efecto, aúna una sincera y erudita preocupación filológica, con una aplicación de las modernas corrientes de traductología, aun cuando éstas muchas veces resultan asépticas, áridas y ajenas a las raíces de la cultura. El sistema académico obliga, empero, a plegarse a estas exigencias, y así lo expresa Lung: “[...] whenever I submit such articles to journals for publication, I was constantly asked by referees to do exactly that: to draw the relevance of my article to current theoretical development of Translation Studies.” (pág. 159).

Este riguroso estudio se enmarca en el campo de la “filología china antigua” (en alemán, *Chinesische Altphilologie*), que viene a ser el equivalente de los Estudios Clásicos sobre el latín y griego, pero en este caso centrados en Asia oriental. Por desgracia, los únicos países occidentales que generan hoy una copiosa producción de estudios al respecto son Estados Unidos, que se beneficia de contar con muchos académicos de ascendencia china, y Alemania; Francia, país fundador de la disciplina en Europa, mantuvo su gloria en la primera mitad del siglo XX con eminentes sinólogos, como Chavannes y Pelliot — citados en las págs. 55 y 56, respectivamente —, pero hoy su prestigio se ha reducido a unos pocos campos, como el relativo al taoísmo. En España, pese al *boom* editorial de las publicaciones sobre China, los estudios raras veces van más allá de un interés superficial por la historia reciente, el comercio o cuestiones crematísticas.

La riquísima tradición cultural, artística, política y religiosa de China, y el florecimiento, sin parangón en el mundo, que ésta alcanzó en el primer milenio quedan bien ilustrados en este libro. Si bien es verdad que para documentarse sobre aquella época existen muchas monografías excelentes, el libro de Lung le sigue la pista a un aspecto mucho más específico, e incluso evanescente: el modo en que China interactuaba con los pueblos circundantes. En efecto, uno de los rasgos idiosincrásicos de la civilización china es que, a diferencia de los europeos, nunca mostró un marcado carácter conquistador, de expansión militar y sometimiento colonial de otros pueblos. Su irradiación se hacía como por ósmosis, su riqueza material y la sofisticación de sus instituciones y su cultura atraían a los extranjeros, y, en parte, movieron a éstos a tratar de imitar y reproducir el sistema chino en sus propios países. El libro de

Lung diferencia a este respecto dos conjuntos de pueblos: los de las estepas de Asia central, que no adoptaron el chino como lengua de cultura; y los pueblos de la llamada “*Chinese learning sphere*” (pág. 37), que prácticamente se mimetizaron. Dentro de este grupo se encontraban los tres estados coreanos (Paekche, Silla, Goguryeo), Yamato (Japón) y Vietnam. En estos lugares se había adoptado la lengua y la escritura china como vehículo diplomático, las élites eran capaces de hablar, o, al menos, leer esta lengua, se habían dotado de instituciones legales chinas, y se asumían el confucianismo como principio estructurador de las relaciones sociales, y el budismo como forma religiosa, más o menos en paralelo a otras creencias autóctonas (cf. pág. 46).

Por el contrario, los pueblos esteparios hacia el oeste, menos refinados en sus formas, pero con una excelente técnica de fabricación de armas de hierro y una capacidad militar desestabilizadora, carecían de un dominio de la lengua china que facilitara las relaciones y las visitas a la corte del Emperador. Esto se complicaba por el hecho de que la corte imperial china, consciente de la pujanza de la civilización regida por ella, exigía la observancia de respeto, expresado en unas estrictas normas de protocolo (páginas 28 y 38 ss.), so pena de que las legaciones extranjeras fueran despachadas displicentemente. La China de las dinastías Sui (581-618) y Tang (618-907), con dos mil años de tradición escrita a sus espaldas, se empeñaba en que las misivas enviadas al exterior (*outbound diplomatic correspondence*) estuvieran redactadas con un gran lastre retórico, que había de resultar totalmente esotérico a los pocos habitantes de las estepas que hubieran alcanzado cierta capacidad para hablar el chino. Para salvar estos obstáculos, el libro intenta descubrir las estrategias comunicativas que empleaban unos y otros. Algunos de los profesionales de la comunicación diplomática guardaban celosamente repertorios de documentos, como demuestran misivas enviadas desde Ceilán (hoy Sri Lanka), que repiten en parte las fórmulas y contenido de cartas de cien años antes. Otras veces se recurría a pueblos que servían de intermediarios. Entre ellos destacaron, primero, los tuyuhun (época de esplendor en los siglos V-VI), etnia de impronta turcomongola asentada en el corazón de China, en la actual provincia de Henan (capítulo 2). Más tarde, brillaron en esta función los sogdianos, una tribu irania, asentada en las regiones de Bactria, Samarcanda, Bujara y Tashkent (en su mayor parte, dentro del actual Uzbekistán), pero también muy presente en las comunidades inmigrantes en la propia China. Los sogdianos, herederos de una antiquísima civilización escrita, cumplían funciones de escribas para los pueblos turcos, a la vez que prestaban valiosos servicios como intérpretes a la corte

imperial china, no siempre exentos de un cierto recelo mutuo, ante las dudas sobre posibles conflictos de lealtades (capítulo 10).

La China de la dinastía Tang era un mundo muy complejo étnicamente, en el que, aplicando una política muy laxa hacia la inmigración extranjera, se albergaba una nutrida población extranjera. Sólo Cantón, el mayor emporio comercial del mundo en el siglo IX, tenía un barrio extranjero con más de 200.000 personas, entre ellos muchos persas y árabes. En la administración imperial, la columna vertebral de la organización e ideología política china a lo largo de más de dos mil años, hasta hoy en día, se daba trabajo a un ejército de funcionarios traductores, que, si bien, no ocupaban puestos altos en el escalafón, desempeñaban funciones vitales para las relaciones comerciales y para la seguridad nacional (capítulo 4). Las legaciones extranjeras eran sometidas a una sucesión protocolizada de entrevistas, en las que se recababa toda la información posible sobre su cultura, organización social y funcionamiento político, extremos que, a continuación, eran cuidadosamente procesados y archivados, y entraban a formar parte de las bases de datos de la inteligencia china, y, por tanto, del material sensible para garantizar la inviolabilidad de las fronteras. A su vez, China enviaba misiones al Asia central, en las que una de las tareas fundamentales recaía sobre la figura del “emisario-intérprete”, una doble función concentrada en la misma persona, según postula Lung, ya que la documentación menciona casi exclusivamente la condición de “representante diplomático” (*envoy*), de mayor prestigio social (capítulo 9). La documentación analizada en el libro también da cuenta del distinto trato que se dispensaba a los distintos pueblos del Asia central. Así, los kirguises eran objeto de un abierto favoritismo (bien documentado en la *Kirghiz Memoir*, capítulo 8) en comparación con los uigures, con el objeto de alterar el equilibrio entre ellos y neutralizar amenazas en los confines del Imperio. Muchos de estos aspectos huidizos, y de esos *interpreter-mediated events* (página 138), son sacados a la luz en el libro de Lung gracias a la meticulosa historiografía y archivística china (pág. 26 y capítulos 5, 6 y 7), de la que se conservan un caudal de documentos mucho mayor que para la Europa de la misma época.

El libro puede leerse también como un tratado de historia, y, más concretamente, de historia diplomática, con una información precisa sobre diversas confederaciones de pueblos turcos que gobernaron el Asia central en la segunda mitad del primer milenio, tales como los eftalitas (o “hunos blancos”), gotatürk, kirguises y uigures. En aquella época, la región del Asia central, de estepas gélidas e inhóspitas, dependientes de algún feraz valle fluvial, pero sobre todo de los pastos sometidos a los caprichos del clima, ejercían de puen-

te entre China, por un lado, y las importantes civilizaciones de India, Irán o el Imperio Romano de Oriente (Bizancio), por otro. Era también un *hub* comercial por el que discurría la Ruta de la Seda, a la vez que un lugar de paso para el intercambio cultural. El budismo, por ejemplo, llegó a China por esta vía –como atestiguan los Budas gigantes de Bamiyan, en Afganistán–.

Es, en suma, un libro muy ajustado a las actuales corrientes traductológicas, pero que va más allá, por sus componentes filológico e histórico. Además, pone de manifiesto la importancia que tiene para un país el dotarse de un cuerpo de profesionales de la traducción e interpretación, de mediadores lingüísticos bien formados y reconocidos. Del valor de las *competencias interculturales*, tan en boga en las universidades actuales, eran ya muy conscientes los funcionarios de la dinastía Tang y los pueblos con los que se relacionaban. Por último, la región que centra la atención de los intercambios diplomáticos descritos, el Asia central, vuelve a ser hoy una de las áreas políticamente “calientes” del Globo. En ella se dirimen equilibrios regionales entre grandes potencias, es zona de tránsito para oleoductos, gasoductos y otras infraestructuras claves, y alberga importantes yacimientos de hidrocarburos y las cada vez más valiosas “tierras raras”. No sería de extrañar que este tratado de traducción despierte el interés de algún que otro especialista de *inteligencia* militar o del servicio exterior.